

## El miedo de José Antonio Marina<sup>1</sup>

José Antonio Marina ha escrito un libro con *una* de las –casi infinitas– “manos de Escher” que, al parecer, han ido dibujando a lo largo de los milenios, dibujan ahora y dibujarán en el futuro, “la sociedad humana”, su “inteligencia”, su “cultura”, su “capital social”. Una mano entre millones que, según reconoce su dueño, está también, a su vez, dibujada por “la inteligencia social”: un ente pluri-humano (en realidad meta-humano; o, incluso, infra-humano), en el que José Antonio Marina tiene depositada su esperanza. Y su miedo:

Constatar que nuestro destino moral depende de una inteligencia social que actúa por mecanismos que desconocemos, que puede provocar efectos no queridos, que elude los procedimientos críticos, nos desvela la precariedad de nuestra situación, y eso da mucho miedo. Al menos a mí (p. 179).

Miedo. Miedo a esa “inteligencia social” que actúa fuera del alcance de nuestra inteligencia individual. La obra que ha escrito Marina quizás sea un intento de domar, de “humanizar” esa bestia inteligente. Demasiado inteligente quizás. Y para ello Marina considera imprescindible la participación de todos. ¿De qué “todos”? Pues de los seres humanos o, mejor dicho quizás, de los “ciudadanos responsables” que compartan el modelo de humanidad de Marina. En realidad se está proponiendo la creación de una sociedad, casi mercantil: con un capital social, unos estatutos y un objeto social. Y lo que sugiere el socio-Marina es, en primer lugar, una clara definición de ese objeto social y, después, para facilitar su consecución, aumentar el capital social (aumentar sus herramientas verdaderamente útiles) y revisar los estatutos (sobre todo para disminuir las posibilidades de los “gorriones”, los “corruptos” y los “mentirosos”). Es sin duda José Antonio Marina un pensador necesario para nuestro tiempo. Y, sobre todo, para nuestra crisis económica.

Esta obra (esta propuesta de aumento de capital social) ofrece preguntas de enorme interés: provocaciones mayéuticas cuyo fin es compartir creencias e ideas:

- 1.- [...] la más importante: ¿cómo podríamos liberarnos de la estupidez colectiva y llegar a ser sociedades más inteligentes (p. 14)? [Esta misma pregunta, reformulada, la encontramos en la p. 31].
- 2.- Se trata, en resumen, de saber cómo somos influidos por los grupos a que pertenecemos, cómo se forman las culturas, si hay una inteligencia colectiva, si es más o menos potente que la individual, y si podemos esperar sensatamente un futuro acogedor.
- 3.- ¿HAY UNA SALIDA? [Así se titula uno de los epígrafes de esta obra. En él (p. 82) José Antonio Marina da una respuesta positiva, devota, a la pregunta de si cabe criticar una cultura: de si se puede determinar si una cultura es más inteligente (más propiciatoria de lo “humano”, de lo “humano” según Marina) que otra. La clave estaría

---

<sup>1</sup> José Antonio Marina: *Las culturas fracasadas (El talento y la estupidez de las sociedades)*, Anagrama, Barcelona, 2010.

en la ciencia: un método prodigioso creado por la inteligencia social: la clave de nuestra salvación].

4.- ¿QUÉ ES UNA SOCIEDAD MUY INTELIGENTE? [Es otro de los epígrafes de *Las culturas fracasadas*. En él encontramos, en cursiva, lo que Marina entiende por “inteligencia social”:] *Inteligencia social es la capacidad que tiene una sociedad para resolver los problemas sociales creando capital social y ampliando las capacidades vitales de sus individuos*. [El propio autor intuye enseguida la pregunta que le lanza su lector invisible:] La pregunta surge inmediatamente: ¿qué es una buena solución y quién decide si lo es? Una solución es lo que elimina el obstáculo que nos impedía avanzar, o, lo que es igual, alcanzar nuestros objetivos (p. 89).

“Inteligencia”. Es el sustantivo ubicuo en esta obra de José Antonio Marina. La palabra clave de su soteriología, la diosa que nos conducirá a... ¿una sociedad no fracasada, más “humana”?

¿Qué entiende Marina por “inteligencia”? ¿Cómo perfila la esencia de su diosa?

Defino la inteligencia como la capacidad de dirigir bien el comportamiento, captando, elaborando y produciendo información. Esta definición sirve lo mismo para la inteligencia animal que para la inteligencia artificial que para la inteligencia humana. “Dirigir bien” supone resolver adecuadamente los problemas, cosa que han hecho con suma eficiencia las especies animales que ha sobrevivido (p. 21).

Cabría preguntarse, una vez leída esta reflexión de Marina, si realmente existe alguna cultura fracasada; y considerar incluso la idea de que el hecho mismo de que exista una cultura (una sociedad, una agrupación sistematizada de seres vivos) no es ya, de facto, un éxito irrefutable. ¿No será que entendemos por “cultura fracasada” la que no coincide con *la idea*, con el modelo arquetípico de sociedad que anhelamos... que anhelamos, paradójicamente, desde nuestra inteligencia *ya* cultivada en un sistema social?

No. Marina cree que hay una esencia de lo “humano”; y un modelo inteligente para conseguir una sociedad inteligente (es decir humana): un modelo, eficaz de verdad, que podemos alcanzar si se propician las inteligencias individuales, una vez potenciada la inteligencia colectiva. Marina habla de un “bucle prodigioso” que ejemplificaría, quizás, la arquitectura física, antropológica, metafísica, y hasta teológica, que subyace en toda su propuesta:

Podríamos resumirlo con un dibujo de Escher en que una mano (el individuo) dibuja otra mano por la que está siendo dibujada (la sociedad). Este bucle prodigioso es el que explica mejor las relaciones entre el individuo y la sociedad (p. 35).

Parecería que la preocupación de Marina está precisamente en cómo movemos, a la vez, nuestras manos: nuestras propias manos de Escher, que dibujan la mano de la sociedad que, a su vez, dibuja nuestras manos. Y es una preocupación sensata, pertinente, responsable, que es expuesta de la siguiente manera:

Si mi capacidad para resolver problemas, para crear, para dirigir bien mi vida, no depende sólo de mi inteligencia y esfuerzo, sino de la inteligencia de la sociedad en que viva, me enfrente -nos enfrentamos- a un asunto de indiscutible trascendencia, del que va a depender mi futuro y el de los míos (p. 31).

El tema, pues, parece urgente y de importancia capital para nuestras vidas. Este libro de Marina ofrece dos propuestas muy concretas, teoréticas y pragmáticas a la vez; dos tareas para “nuestra” inteligencia social (p. 187): 1.- La elaboración de una “historia de la cultura”; y 2.- Una pedagogía de la inteligencia de la sociedad.

El objetivo final, según afirma Marina (p. 188) sería fomentar la “inteligencia creadora”, “el talento social”, la “creatividad social”. Y se trataría de una tarea compartida. Para ello se le ha ocurrido un proyecto muy interesante:

¿Y si creáramos un proyecto wiki para mejorar nuestro capital compartido? ¿Cómo? No lo sé. El hecho de que lo supiera anularía la propuesta. No hay una razón absoluta que sepa la respuesta a todas las preguntas. Estamos a merced de la creatividad social, y me gustaría sorprenderla en pleno funcionamiento. Para concretar, le propongo [al lector] los siguientes temas:

Esos temas -sus propuestas de reflexión- se han incorporado a una página de internet ([www.creaciónsocial.es](http://www.creaciónsocial.es))

Tengo esperanza en la creatividad de la inteligencia social -entre otras cosas porque no tengo remedio- y me parece importante fomentarla.

Pero Marina no solo tiene esperanza, sino, como vimos antes, también miedo. No termina de tener fe, de confiar, en ese ser pluri-humano, meta-humano, incluso infra-humano, que él ha denominado “inteligencia social”. Cree Marina que podemos participar en los procesos creativos de ese misterioso y descomunal cerebro, liberándonos, puntualmente, milagrosamente, de la fuerza modeladora que ejerce sobre nuestras propias inteligencias creadoras. Cree Marina que nuestras manos de Escher pueden de verdad dibujar *el dibujar* de esa mano metafísica, mientras ella nos dibuja dibujando... para que nos dibuje bien: para que por fin dibuje una sociedad plenamente humana: un paraíso para el hombre en la fría inmensidad del cosmos.

Comparto casi todas las “creencias” de Marina, le felicito por su buena voluntad y me sorprendo por su capacidad de seguir soñando el sueño de la Ilustración a estas alturas, con la que ha caído en Filosofía desde el siglo XVIII. Pero tiene razón, y corazón, en que no nos queda más remedio que seguir creyendo en nuestra inteligencia y en nuestra capacidad para fabricar una sociedad mejor que la que tenemos.

No obstante, en su modelo de sociedad veo demasiados templos a la diosa “inteligencia” -demasiada “utilidad” y “resolución de problemas”- y echo en falta la instauración de espacios para el silencio individual (y colectivo), para el corazón (otra metáfora, pero demasiado omitida en esta obra) y para algo que podríamos denominar “lo místico” (la libertad absoluta, meta-social, proto-individual).

La sociedad que propicia Marina es, para mi gusto, demasiado tertuliana, demasiado “de ciudad”, de cafés de intelectuales, demasiado ubicada en “lo mental”, esto es, “lo útil”. Llega incluso a considerar la religión como una herramienta. El capital social que él propone me parece más una caja de herramientas que un lugar propiciatorio para que eso que sea “el ser humano” despliegue su Inmensidad. Y que lo haga empáticamente, y respetuosamente, en una sociedad de seres “inmensos”.

Una de las reflexiones de Marina que me han parecido más interesantes es la que considera que no existen, en sí -como existe el hígado por ejemplo- los derechos humanos. Que hay que luchar por ellos, creer en ellos. Aquí la lucidez de Marina, y su sentido de la responsabilidad, alcanzan un grado máximo. Loable. Y a partir de aquí cabe plantearse preguntas que dan miedo, sobre todo si no se tiene fe (esa “confianza en lo real” a que se refirió Salvador Paniker en su obra *Asimetrías*):

¿Y si está fabricando, en este mismo momento, un modelo de sociedad -una ilusión colectiva y colectivizadora- que no presente en absoluto ninguna similitud con lo que sueña Marina; y con lo que yo sueño? ¿Y si, además, fuera posible que en ese anti-mundo se pudiera desplegar “nuestra” plenitud, más allá de lo que entendemos ahora, desde esta civilización, por “ser humano” o “sociedad humana”?

Creo que no hay que preocuparse. Si nuestra inteligencia es *de* esa Inteligencia, seguro que esta última se las apañará -como hace siempre- para que sigamos soñando. ¿O es que de verdad podemos, desde aquí, entrar en el taller secreto de esa Diosa imponente?

Marina cree que sí. Pues entremos con él en ese lugar prodigioso. Pero sin miedo.

David López

Sotosalbos, 28 de noviembre de 2010.